Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VIII – La revancha de Shîha, Maestro de Argucias

4 – Un resucitado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2021
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

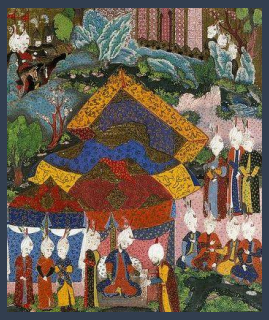
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

VIII. 4 – UN RESUCITADO

"Ibrahim Paladín de Doncellas ha capturado a Bartacûsh, el monje-guerrero, fámulo del malvado Yauân; pero éste, tras un duelo a muerte con Ibrahim, al verse perdido y a punto de morir degollado por Paladín de Doncellas, llega a un trato con Ibrahim y se va de la lengua, diciendo que conoce el lugar en el que los francos mantienen cautivo al rey El-Zâher; aunque le adelanta que solo lo dirá en presencia del visir Shâhîn. Entonces, Ibrahim le perdona la vida, aunque a cambio, establece un rescate de mil monedas de oro cada vez que lo vuelva a capturar, y le obliga a jurar que jamás volverá a ejercer de guerrero, ni a portar armas consigo; luego, para más escarnio, le obliga a llevarlo a hombros, como si fuera un burro, por una empinada cuesta, y en medio de estas peripecias, llegan por fin al campamento de los musulmanes, en donde se presentan en el pabellón del gran visir, que les recibe con los brazos abiertos y… veamos quién aparece de nuevo como resucitado…"



Y el narrador continuó su relato de este modo…

El día anterior, los francos, envalentonados por la captura de Ibrahim, habían atacado a los musulmanes con renovado ardor: sin la ayuda de Hasan El-Horâni y de Dibl El-Baysâni, que se emplearona fondo a la cabeza de sus hombres, habría sido una completa debacle. Además, el visir Shâhîn, inquieto por la suerte de Ibrahim y de El-Zâher, había pasado una noche espantosa; pero acabó por someterse a Aquel cuya misericordia y omnisciencia no tienen igual. Desde que se levantó, pasando revista a las tropas, pudo constatar que la moral estaba bajo mínimos: Hasan y Dibl, cubiertos de heridas, y el resto del ejército no andaba mucho mejor.

Y cuando regresó a su pabellón, rumiando los peores desenlaces, vio aparecer de pronto a Ibrahim, que empujaba a su prisionero hasta colocarlo ante él. Al verlo, la mirada del visir se iluminó de alegría.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Bienvenido seas, Paladín de Doncellas! –exclamó– ¡Loado sea Dios que te ha devuelto sano y salvo!

Hay que decir que Shâhîn sentía un gran afecto por Ibrahim, debido a su bravura y a su espíritu caballeresco.

– Bueno, muchacho, ¿así que has capturado a Bartacûsh? –prosiguió– ¿Y cómo lo has hecho? ¿cómo lo has conseguido?

Ibrahim le contó brevemente sus aventuras, añadiendo lo de que el prisionero tenía noticias acerca del sultán.

– Muy bien, Sable de Bizancio, ¿dónde está su majestad el Comendador de los creyentes? –le preguntó Shâhîn.

– Señor, no voy a decir nada hasta que, tanto tú, como los grandes del reino, no me hayáis dado vuestra palabra solemne de perdonarme la vida y dejarme en libertad.

Le otorgaron esas garantías en la forma requerida, y entonces, Bartacûsh continuó:

– Oh, musulmanes, habéis de saber que vuestro sultán, después de ser capturado por Atef hijo de Salibo, actualmente se encuentra preso en el castillo de Shaqîf[1], bajo la vigilancia del capitán *Riyâh hijo de Mukâfih. Además, yo soy el portador de una orden firmada de puño y letra por Micael y Yauán, ordenando a Riyâh que traslade al sultán ante ellos para ajusticiarle.

Era cierto, porque después de que Ibrahim fuera enviado a Constantinopla, Yauán, cogiendo a Micael en un aparte, le había discurseado de este modo:

– Escucha, te voy a dar un buen consejo: pronto, todos los bandidos de las montañas se unirán contra ti, y eso es un riesgo que puede hacer que… Lo mejor, sería enviar ahora mismo a buscar al rey de los musulmanes; durante la noche, tú das la orden de crucificarle en medio del campo de batalla, y al despuntar el día, cuando redoblen los tambores de guerra y los dos ejércitos estén uno frente al otro, tú le cortarás la cabeza con tu propia espada y se la lanzarás hacia las filas de los enemigos, proclamando: "¡Esto es lo que queda

[1] Es el Beaufort de los cronistas medievales, en el sur del actual Líbano.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de vuestro rey, musulmanes: aquí tenéis su cabeza!". Pues como bien sabes, su *rey* es, por decirlo de alguna manera, la cuenta más gorda del rosario: si tú la arrancas, el resto se dispersará. Quedarán totalmente desmoralizados, y bastará una sola carga a fondo para derrotarles, y con ese mismo golpe, seguro que Alepo cae en nuestras manos…

Al encontrar ese plan razonable Micael había redactado el mensaje que conocemos y que había confiado a Bartacûsh; pero este último, gracias al Decreto divino, que velaba por la salvación del Comendador de los creyentes, había caído em manos de Ibrahim. Esto es tan cierto como que el que está destinado a vivir, nadie sabrá cómo matarle.

– Está bien; ahora hay que encontrar a alguien para ir a liberar al sultán –continuó Shâhîn cuando Bartacûsh terminó de relatar los hechos–. ¡Ay, qué lástima que Yamâl El-Dîn Shîha no esté aquí! Con sus argucias y su astucia, es justo el hombre que necesitábamos para llevar esta misión a buen término. Pero ¡qué le vamos a hacer! ¡Sólo Dios sabe adonde estará en este momento!

– Eh, mi visir –protestó Ibrahim muy picado–, como dice el proverbio: "¡No porque Bilal[1] haya muerto, hay que dejar de llamar a la oración!" ¡Puede que tu Shîha y yo seamos igual de astutos! Yo me encargaré de esta misión en su lugar: iré a liberar al sultán, y ya sea por la fuerza, o por la astucia, lo haré; ¡a ver si así nos dejan en paz de una vez con lo de Shîha!

– De acuerdo, tú eres el hombre capaz de hacerlo –concedió el visir–: ¡valor, hijo mío, hoy es un gran día para ti!

– Mientras tanto, guardad al fresco a Bartacûsh: se le soltará cuando yo haya vuelto. Y ahora, punto en boca, como si todo esto no hubiera pasado, porque si se llega a filtrar algo de nuestro plan; no sería bueno, ni para el rey, ni para mí.

Con que pusieron a Bartacûsh a buen recaudo; luego, Ibrahim fue a visitar a su padre para saludarle y despedirse de él. Tras recibir su bendición, montó a caballo y se fue hacia la ciudadela de Shaqîf.

[1] Expresión proverbial; Bilal, esclavo liberado por el profeta Muhammad, fue el primer almuédano del Islam.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Pero, he aquí que, al llegar Ibrahim a Wâdi Qandîl, divisó en medio de la cuesta a un hombrecillo de piernas cortas, vestido de harapos remendados, con todo el aspecto de un monje mendicante, o de un cautivo recién liberado.

– ¡Eh, *ghandar*, a los buenos días! –le espetó el monje con un fuerte acento armenio– ¿De dónde vienes, y adónde vas?

Ibrahim sintió que su corazón se le iba a parar, y dio un violento paso atrás.

– Yo vengo de alguna parte y voy a otra, para hacer alguna cosa –gruñó– Y de entrada, dime, ¿a qué tantas preguntas?

– ¡Por mi religión, es que nada más verte, me has caído simpático! –exclamó el monje– De hecho, yo también iba a alguna parte a hacer alguna cosa: ¿quieres que nos hagamos compañía?

– ¡No sigas, que se te conoce a la legua, especie de monje fallido! –continuó Ibrahim– Por el Nombre supremo de Dios ¿no eres tú Yamâl El-Dîn Shîha, mi socio de la taberna[1]?

– Ante tal juramento, no puedo seguir disimulando –respondió el otro sonriendo–. Sí, yo soy el mismísimo Shîha.

– ¿Y qué andas haciendo por aquí con esa pinta tan estrafalaria? Yo creía que te habías dejado atrapar por Asem y que él te había entregado a Nisr. ¿Cómo has conseguido escaparte? Anda, cuéntame.

– Con mucho gusto, Ibrahim… solo que esa es una historia muy larga y complicada, que merece ser narrada como Dios manda: ven, acércate a mí, y escucharás un relato extraño, maravilloso, sutil y palpitante, un relato tal, que jamás habrás oído otro igual, ¡y bien digno, en verdad, de ser escrito para enseñanza de generaciones futuras[2]!

– ¡No, no, de eso nada: no des ni un paso más, quédate donde estás, que yo te escucho muy bien desde aquí! Se apresuró a replicarle Ibrahim.

– ¡Pero no tengas miedo!

– ¡No merece la pena que insistas! –cortó Ibrahim– Aquí estoy muy bien.

---

[1] Alusión a un episodio perdido del relato: Ibrahim y Shîha, habiéndose infiltrado los dos en Tiberíades, por entonces en poder de los francos, abrierono juntos una taberna, a guisa de cobertura; luego, sus relaciones pasaron por altibajos, en medio de una profunda y recíproca desconfianza (ver *Paladín de Doncellas*).

[2] Shîha imita aquí la forma de contar historias de los narradores profesionales para atraer a su audiencia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Se sentaron, el uno, en lo alto de la cuesta, y el otro, en la parte de abajo, y Shîha comenzó a contarle lo que le había sucedido…

Sin duda, nobles y generosos señores, recordáis que habíamos dejado a Shîha en las mazmorras de Safita, después de caer en manos de Nisr; éste, le molía a palos cada vez que le venía en gana, y Shîha, cada golpe que recibía lo contaba por diez[1]. Pero, al llegar a la paliza número 17, Shîha comenzó a desesperar muy seriamente de su suerte. También os hemos referido que se había sabido ganar la confianza de su carcelero, Abu Ali, engrasándole de vez en cuando la bolsa. Como se suele decir: "Los pequeños regalos sustentan la amistad."

Así que, un buen día, Shîha llamó a su carcelero y le dijo:

– Abu Ali, me gustaría que me prepararas un buen tazón de agua azucarada para desayunar; eso me ayudaría a reparar mis fuerzas, después de todo lo que he sufrido…

– Con mucho gusto –asintió el carcelero.

– Y, por favor, ¿serías tan amable de traerme mi saco?

Abu Ali, no viendo malicia en el asunto, se lo trajo. Pero, con el pretexto de coger un poco de dinero para dárselo a su carcelero, Shîha se hizo discretamente con dos preciosas briznas de hierba que guardaba en el fondo del saco: una, tenía la propiedad de dar al que la tomaba la apariencia de un muerto; la otra, era simplemente, el antídoto para la primera. Estas hierbas, cuyas virtudes las había aprendido en el Libro de los Griegos[2], solo se encuentran en las Indias; tienen el poder de desecar la sangre y detener el movimiento de los humores. Cuando Abu Ali le hubo preparado su tazón de agua con azúcar, Shîha se metió en la boca subrepticiamente las dos briznas, y luego, vació de un trago el agua azucarada para disimular su amargor; se tragó la primera brizna de hierba, y, la otra, se la guardó bajo la lengua.

---

[1] Para, por cada golpe recibido, devolverle diez a su verdugo a la primera ocasión; ver *Paladín de Doncellas*.

[2] Libro mítico que se supone que contiene prácticamente todo lo que hay que saber sobre todas las cosas; Shîha, en la época en que era un novicio en un convento de Génova (ver *La traición de los emires*), pudo hacerse con una copia. Con frecuencia, la narrativa popular árabe hace referencia a los "magos griegos" de los tiempos antiguos, a los que atribuyen conocimientos mágicos y alquímicos extraordinarios.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Mientras, Abu Ali, el carcelero, se había retirado a seguir con sus ocupaciones. Una hora más tarde, volvió para echar una ojeada a su prisionero, por si necesitaba algo; abrió la puerta, penetró en la celda, y encontró un cadáver totalmente hinchado como un odre, los ojos en blanco, la nariz afilada, la boca entreabierta, los miembros rígidos… en fin: muerto.

– ¡Quién lo iba a decir! ¡si hace una hora estaba tan vivo! –se extrañó el bueno de Abu Ali– ¿Qué le habrá pasado? Ay, qué razón tiene el dicho: "¡Solo Dios conoce el secreto de los destinados!" Seguro que le habrá mordido la víbora…

Porque Abu Ali sabía que la prisión era el refugio de una serpiente particularmente venenosa. Después de llorar la supuesta muerte y sentarse al lado de Shîha para rezar una corta plegaria, se fue a avisar a Nisr, que en ese momento estaba cenando, pues esto sucedía al caer la noche.

– ¡Ojalá puedas vivir mucho tiempo, capitán[1]! Shîha ha muerto –le informó el carcelero acercándose.

Ajbûr, que entraba en la sala en ese momento, se palmeó las manos en señal de desconsuelo.

– ¡Ya está, ahora sí que lo tenemos negro! –se lamentó– ¡Ay, hijo mío, que el buen Dios no te recompense! ¡Por tu culpa ha muerto ese valiente caballero de la Fe!

Según otra versión de este relato, las cosas pasaron de otro modo: cuando Abu Ali entró en la celda, encontró a Shîha en la agonía, con el cuerpo todo hinchado. Comenzó a preguntarle qué le pasaba, pero Shîha tenía ya la lengua paralizada y no pudo responderle. Llorando como un crío, el bueno del carcelero subió la escalera a todo correr e irrumpió en la gran sala del castillo, en donde Ajbûr y Nisr estaban cenando.

– A ver, Abu Ali, ¿qué te ocurre? –le preguntó Nisr– ¿Por qué lloras de ese modo?

– Capitán, ¡a Shîha le ha pasado algo! Está agonizando.

[1] Fórmula ritual destinada a conjurar el carácter funesto del anuncio de una muerte.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Está fingiendo, ese maldito enano tramposo–rezongó Nisr–. ¡Seguro que es una de sus torcidas artimañas!

– ¡Pero ve a ver qué le pasa! –le bufó su padre– ¿Estás de broma? ¿Cómo quieres que alguien se haga el muerto?

De modo que se levantaron los cuatro – *Shâhîn de Masyât y su hijo *Dawûd el Iracundo, que también estaban allí[1]– y bajaron a la celda; Ajbûr se había provisto de un buen pedazo de asado y dos tortas de pan, pensando que lo único que sucedía es que el prisionero sufría de hambre.

Al entrar, encontraron que Shîha se debatía en su último suspiro; estaba tan hinchado, que los grilletes que le sujetaban las piernas desaparecían entre sus carnes. Todos se extrañaron de verle tan mal, cuando no hacía ni una hora que aparentemente estaba sano.

– ¡Ah, qué espectáculo, Nisr! –se lamentó Ajbûr– Le has envenenado tú, ¿eh?

– ¡Te juro por el supremo Nombre de Dios que no! –protestó Nisr.

Se aprestó a quitarle los grilletes a Shîha, pero éste cayó en un profundo desvanecimiento. Instantes más tarde, volvió en sí, fue sacudido por un espasmo, luego por otro, y después de un tercero, entregó su alma. Sin decir palabra, Shâhîn y su hijo se fueron al patio del castillo, montaron en sus cabalgaduras y huyeron al galope como alma que lleva el diablo.

– Pero ¿adónde van esos con tanta prisa? –se extrañó Nisr.

– ¡Pues a ponerse a salvo, idiota; ya puedes presumir de ser un auténtico gafe!

– ¡Venga, padre, no me vengas con tus chocheces! –protestó Nisr– ¿Que ha reventado? ¡pues muy bien! ¡Que se vaya a que lo asen cien mil diablos en el fondo del infierno, y que el buen Dios no se apiade de él!

– ¡Y ahora, El-Zâher arrasará Safita y el Arîm! –se lamentó Ajbûr.

– ¿El-Zâher? ¡Antes tendrían que encontrarle! Mientras tanto, éste no se me va a escapar –prosiguió Nisr desenvainando su *shâkriyyeh*.

[1] Esas sucesivas modificaciones del relato muestran que el narrador combina aquí numerosas y diferentes versiones del episodio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Eh, eh! ¡No tan deprisa! –se interpuso Ajbûr bloqueándole el brazo– ¿Pero qué pretendes hacer ahora?

– Le voy a tajar en dos; así me quedo más tranquilo.

– Pero, por Dios, ¡qué me dices, estúpido! ¡Si ya está muerto! ¿qué más quieres? Además, está bajo nuestro techo: se le debe un mínimo de respeto, y respetar a un muerto, significa darle una sepultura decente.

– Vale, venga, vamos: yo hago un agujero en cualquier sitio en medio del campo y lo echo dentro.

– ¡Deja de decir sandeces! Era un musulmán y un buen creyente.

– ¿Y en qué cambia eso la cosa?

– Cambia en que hay que lavarlo ritualmente, amortajarlo con un sudario y enterrarlo en una fosa, tal y como requieren la costumbre y la Ley.

– Bueeno, espérame, voy a avisar al sheij Mohammad y a traer la cubeta de lavar a los muertos.

– Pero ¡qué me dices, tonto y medio! –estalló Ajbûr– ¿Quieres perdernos o qué? ¡Este asunto no debe difundirse por la ciudadela bajo ningún concepto!

Así que se fueron a buscar una gran cuba para lavar al cadáver por completo, conforme a lo ordenado por Dios y a lo prescrito por la Ley. Llorando a lágrima viva, Ajbûr procedió al lavado, mientras su hijo iba virtiendo el agua sobre el cuerpo. Cuando lo hubieron envuelto en el sudario, el viejo capitán pronunció una plegaria por el alma del difunto; luego, le extendieron en un féretro de parihuelas. Antes de llevarse el cadáver, recomendaron a Abu Ali que mantuviera este asunto en el más absoluto secreto; después, se fueron hasta el cementerio de la ciudadela.

– Ven –dijo Nisr a su padre–, vamos a buscar un sitio en alguna de las cuevas a medio llenar, le tiramos adentro, y ni visto, ni conocido.

– ¡De eso nada! –protestó Ajbûr– ¡Se ha ganado, y bien ganado, el derecho a tener una tumba para él solo!

De hecho, Ajbûr se había traido todas las herramientas necesarias: pico, pala y serón. Depositando el cadáver a un lado, comenzaron a cavar una fosa bien ancha, bien larga, y bien profunda.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Oye, ¿todavía nos queda mucho? –gruñó Nisr al cabo de un instante.

– ¡Sí, hijo mío, es que la tierra está dura! –respondió Ajbûr, que manejaba el pico.

– ¡Anda, pásame a mí el pico! –replicó Nisr agarrando la herramienta.

Entonces se puso a picar con fuerza, mientras su padre extraía la tierra con el serón. Al poco rato, Nisr había desaparecido enteramente en la fosa.

– ¡Ale, ya está, ya puedes bajarme al Shîha! –le espetó.

– Espera, hijo mío, hay que comprobar la longitud…

– Pero bueno, ¿es que ahora trabajamos a la medida? ¡Seguro que está bien de largo para un patas cortas como éste!

– Sal de ahí, y déjame hacerlo a mí –le cortó Ajbûr saltando dentro de la fosa.

Ajbûr inspeccionó durante un buen rato todos los rincones de la tumba, ordenando a su hijo picar aquí y allá, desescombrar un poco más por acá, aplanar el fondo y hacerlo todo más ancho. Mientras tanto, la brizna de hierba que Shîha había guardado debajo de la lengua, se había extendido por todo su organismo, restableciendo la circulación de la sangre. Entonces, volvió en sí, levantó la tapa del féretro y se sentó encima; pero al momento, se dio cuenta de que, justo a su lado, había un enorme montón de tierra.

– ¡Uy, mi viejo Shaabân! –pensó para su coleto– ¡si te llegan a enterrar ahí, podrías haberte quedado en el sitio hasta el día del Juicio!

Ante estas profundas consideraciones, se deslizó fuera del ataúd, colocó la tapa de nuevo en su sitio, y se dirigió sin hacer ruido hacia el castillo. Cuando hubo llegado a su destino, bajó tranquilamente hasta la celda, en donde encontró al pobre Abu Ali que lloraba desconsolado:

– ¡Que el buen Dios tenga misericordia de tu alma, Yamâl El-Dîn! –sollozaba el carcelero– ¡Ay, qué desgracia! ¡Un tipo tan bondadoso como él!

Justo en ese instante, vio entrar al "muerto" todavía envuelto en su sudario, y con el trozo de estopa entre los dientes.

– ¡Bendito sea Dios! –gritó el carcelero– Hermano ¿quién eres tú?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Nada temas, oh, servidor de Dios! –respondió Shîha con voz sepulcral– Has de saber que la hora de la Resurrección ha llegado; por todas partes los muertos salen de su tumba y se esparcen por el mundo. Sí, incluso los tuyos, tu hermano Jallûf y tu tío Stêf[1]. Solo que ellos están completamente desnudos, y por eso me han enviado a mí para que te diga: "si pasas por la ciudadela –me han pedido–, dile a Abu Ali que nos traiga ropa para no avergonzarnos ante los otros muertos."

Abu Ali que, como hemos dicho, era un poco simplón, se tragó todo ese cuento sin rechistar.

– ¡Que Dios te recompense por esta buena nueva! –exclamó– ¡Por Dios, que estoy impaciente por conocer a mi padre: el murió apenas yo había nacido! Espérame aquí, corro a casa a buscar la ropa y vuelvo.

Una vez solo, Shîha, en un santiamén se deshizo del sudario y se puso su ropa, que había quedado en la celda; luego, descolgó su saco, garabateó unas líneas en una hoja de papel que dejó junto al sudario, para después ocultarse en las profundidades de la ciudadela. Eso en lo que se refiere a Shîha.

Entre tanto, Ajbûr andaba todavía cavando por aquí, rematando por allá, mientras Nisr pataleaba de impaciencia.

– ¡Por el trueno sagrado, qué barbaridad! ¿vas a pasarte todavía mucho tiempo ahí, hasta rematarlo finamente? –explotó iracundo Nisr– ¡Que se vaya al infierno, ese mierdecilla! ¿Qué es lo que le estás cavando? ¿Una tumba, o un salón de recepciones? ¡Anda, vete a buscarle ahora mismo, o te lo remato a palazo limpio!

Ajbûr salió refunfuñando fuera de la fosa, levantó la tapa del féretro[2]… y no encontró absolutamente nada: ni muerto, ni vivo.

– Eh, hijo mío, el muerto se ha ido de la caja –balbució Ajbûr–. ¿Qué le habrá podido pasar? ¿Lo habrá devorado una bestia? O, quién sabe, ¿y si ha volado?

---

[1] Diminutivos de Jalîfa y de Mustafa, en la jerga popular.

[2] En los ritos funerarios del Isla++m, el cadáver se deposita en la fosa, envuelto simplemente en el sudario; el ataúd sólo se utiliza para trasladarlo al cementerio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¿Cuándo has oído tú hablar de un muerto volador? ¡Por mi palabra, que cada vez estás más chocho! –remachó Nisr.

– ¡No digas esas cosas, hijo mío! ¡Shîha era un gran combatiente por la Fe! ¡Y también era un Hombre de Dios y un hacedor de milagros!

– ¡No me hagas reir! Más bien sería el diablo el que se lo habría llevado.

– ¡No hables de ese modo! –protestó Ajbûr, deshecho en lágrimas– Seguro que son los ángeles los que han venido a buscarle para llevárselo a Medina, al cementerio de los justos…

– ¡Vamos, cállate, viejo carcamal! ¡No; seguro que ese hijo de perra nos la ha vuelto a jugar! ¡Rápido, hay que atraparle!

Nisr saltó fuera de la fosa y, empuñando su pico, se puso a buscar entre las tumbas; un pánico creciente se iba apoderando de ambos hombres; los dos registraron todo el cementerio, sin resultado. Entonces, cuando regresaban a la ciudadela, se cruzaron con un tejedor que salía para ir a su trabajo, con su urdidora y su cesto de bobinas en la mano. Iba con los ojos desorbitados, echando espumarajos por la boca; Nisr se precipitó hacia él.

– Bue… buenos días, capitán –balbució el buen hombre dando un paso atrás.

– Dime, ¿no habrás visto por el camino a un muerto que andaba huyendo? –le largó al pobre hombre de un golpe– Un hombre bajito, de patas cortas, envuelto en un sudario…

– Ssí, ssí –balbució el infeliz–. Seee fueee por allí.

Sin más explicaciones, Nisr salió corriendo hacia la ciudadela, mientras el tejedor se volvía a su casa temblando de pies a cabeza. Nada más entrar, dejó caer el urdidor y las bobinas y se tiró al suelo.

– ¿Se puede saber qué te pasa? –le preguntó su mujer.

– ¡Que los muertos salen de las tumbas envueltos en su sudario; eso es todo! –gimió el tejedor.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Próximo relato de "La revancha de Shîha":

5 – La captura de Nisr

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6